

Pasaron cien años...

Carta al general Alfredo Kindelán

Alvaro Santamarina

Mi general:

Estoy seguro de que estas líneas llegarán a su destino. No sé cuando, pero sé que llegarán. La carta la hemos escrito entre todos. Hay líneas de Icaro, de Leonardo, de los Wright y de Vives. Ha viajado esta carta en una cometa de papel escapada de la mano de un niño, se ha quedado cautiva en los primeros globos, ha intentado avanzar en los dirigibles y ha pasado en relevo, como la antorcha ateniense, del Farman al Savoia, del Bristol al Junker, del Saeta al F-15. Y continuará, mi general, sobre la

desconocida aleación de cualquier objeto volador todavía sin identificar.

Observará usted, mi general, que muchos, muchísimos de sus párrafos, han sido escritos por usted; los que se refieren a las primeras ascensiones aerostáticas, los que hablan de los primeros records, los que hablan de los mil y un pasos —callados, esforzados, perseverantes— que hubo que dar para que en España se comenzase a volar, los que narran los gestos heroicos de las campañas marroquíes, los que denotan la diestra dirección de las fuerzas aéreas en nuestra última contienda; en definitiva, señor, todos aquellos párrafos

que cuentan cómo nació en España la Aviación. Porque esta carta, mi general, es eso precisamente, la historia de nuestras Fuerzas Aéreas. Y esa historia —los hombres que visten de azulgris lo saben especialmente— le debe sus primeras líneas y muchas de las siguientes.

Cuando las lea su recuerdo volará —otra vez el vuelo— hacia aquel globo con nombre de Rey borbónico, el «Alfonso XIII», hacia aquel otro con nombre de mujer —«María Teresa»—, en el que vivió la peligrosa aventura del Mediterráneo. Recordará sus horas de estudio junto a Torres Quevedo, sus pruebas en

los prototipos Wright, sus esfuerzos en la creación de las bases de Cuatro Vientos, de Getafe, de Melilla y de tantas otras. Evocará los primeros aeroclubs, los cielos hostiles de las plazas africanas, el sonido del «rateo» y de la imponente ametralladora antiaérea. Le vendrán a la memoria las figuras de sus camaradas Vives, el Infante de Orleans... y las jóvenes promociones de pilotos que supo conducir a las últimas victorias bélicas. Volverá, en definitiva, dentro de su uniforme de ingenieros, a gestar lo que hoy y siempre le rendirá el homenaje a que se hizo acreedor.

Ha pasado sólo un siglo. En

estos cien años, vino, estuvo y se fue, mi general. Pero su obra permanece. Cada día más alta, cada día más rápida, cada día más potente. La Cruz de San Andrés, multiplicada, ha hecho realidad sus sueños proféticos. Ahora, mi general, se encuentra a una altura a la que jamás llegará ninguna nave, pero el último relevo lo harán algunas alas movidas por la fuerza del espíritu. Sabrá entonces que nuestra aviación sigue el camino trazado bajo su mando. Sabrá también que cualquier avión español, por donde quiera que se eleve, llevará en sus alas una oración y un recuerdo. A sus órdenes, mi general.